

CAPÍTULO VII

Alejandro.—Desagravio de la Grecia contra el Oriente.—Genio de Alejandro.—Reduccion de la Macedonia y de la Grecia.—Preparativos de la guerra de Oriente.—Batalla del Gránico.—Sumision del Asia Menor.—Batalla de Iso.—Conquista del Egipto.—Batalla de Arbelas.—Huida y muerte de Dario.—Revolucion de la Grecia.—Imperio de Alejandro.—Conspiraciones y rebeliones.—Conquista de la India.—Regreso de Alejandro.—Alejandro en Babilonia.—Sus últimos proyectos.—Su muerte.

La Grecia, que ha sido obligada al reposo por la supremacía bienhechora de la Macedonia y que ahora puede vivir libre bajo esta poderosa influencia, la Grecia, reunida en Corinto, votó la guerra contra el Oriente y eligió á Filipo para mandar sus tropas. Alejandro va á continuar la obra de su padre (1).

El hijo de Olimpias se acordaba que su madre, la víspera de sus nupcias, habia soñado que, cayendo un rayo sobre ella, habia producido un inmenso incendio, y que dividido despues en muchas llamas se disipó inmediatamente; pero este golpe del rayo, que debía incendiar el mundo, desaparecería al instante. Se dejaba llamar «hijo de Júpiter,» no olvidando por completo que descendía más directamente de Hércules por Caranos y de Aquiles por su madre. Habia recibido del cielo la belleza exterior, presente de los dioses á los ojos de los griegos; su vista brillaba con una limpidez extraordinaria bajo sus párpados arrogantes y dulces; era de una blancura brillante, y su cabeza, inclinada sobre el hombro izquierdo, tenia una gracia llena de majestad. Su estatura era mediana, pero de acabadas proporciones. Siendo muy jóven se habia ha-

(1) Para este capítulo, véase á Diodoro de Sicilia; Arriano, *Expediciones de Alejandro*; Justino; Plutarco, *Alejandro*; Ferdusi, *Schah-Nameh*; Guillites, *Historia de la antigua Grecia*; Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*; Sainte-Croix, *Exámen crítico de las antiguas historias de Alejandro*; Poirson, *Compendio de historia antigua*; Mouradja-d'Ohsson, *Cuadro histórico del Oriente*; Duruy, *Historia de la Grecia antigua*; Cantú, *Historia universal*, etc., Riancey, tomo II.

bituado á la generosidad para con los dioses y se habia singularmente aprovechado de la educacion que le habia dado su primer preceptor Leonidas; no toleraba la «parsimonia» del incienso en las ceremonias del culto. «Esperad, le habia respondido su maestro, esperad para hacer tales ofrendas que poseais el país en donde crece el incienso.» Alejandro se proporciona ya semejante conquista (1). «Buscad, hijo mio, otro reino,» le habia dicho Filipo, encantado de su bravura para domar el Bucéfalo; «el mio no es bastante grande para tí.» Esto era verdad, y Alejandro habia sido educado en este ideal por las lecciones de Lisimaco, que le hacia vivir en espíritu con los héroes de Homero y sobre todo por las enseñanzas de Aristóteles, que en algunos años le habian abierto paso á los secretos de la política lo mismo que á los misterios de la elocuencia. Tenia un elevado aprecio de la autoridad real, y cuando, alabándole por su habilidad en la carrera y en la lucha, se le preguntaba si disputaría el premio en el Olimpo: «De buena gana, replicaba, si allí pudiera encontrar reyes para rivales.» Músico con pasion y gozando de la lira como Aquiles, era médico y filósofo, y más que todo amaba la poesia épica: la *Iliada* y la *Odisea* estaban siempre bajo su almohada.

Dueño de la Macedonia cuando apenas contaba veinte años, reconocido únicamente por

(1) Cuando hubo conquistado el Asia envió cien talentos en aromas á Leonidas, rogándole que no fuese más avaro para con los dioses.



algunos partidarios, el jóven héroe abarca con un solo golpe de vista todo su destino. Ya ha admirado á los embajadores de Persia por sus cuestiones sobre las fuerzas, la administracion, la topografía del imperio. Sujetar la Macedonia, afirmar en su mano el cetro de la Grecia, asegurar los lazos de su unidad y marchar adonde le llama el sueño profético que le promete el imperio de Oriente: hé aquí su destino, y quiere cumplirle.

A la muerte de Filipo, el año 336, todo parece suspendido y puesto en tela de juicio. Los tracios y los ilirios se sublevan; Atalo, sostenido por los grandes de la corte de Macedonia, trata de despojar al jóven rey. Alejandro hace dar muerte al conspirador y envia al suplicio á los asesinos de su padre y al rebelde Caranos, hermano suyo natural.

Despues descende á Grecia. Los anficiones en primer término, y luego los diputados de la Grecia en Corinto, son arrastrados por su elocuencia; le nombran jefe supremo de los soldados que reunirán para él contra la Persia. Considerándose seguro por este lado, vuelve contra sus enemigos interiores, derrota á los tracios, á los tribalios, á los getas, pasa el Danubio y extiende su dominacion hasta el mar de la Iliria; la fuerza y la prudencia guian sus pasos y aseguran sus triunfos. Desconcierta todos los planes enemigos por su rapidez y por su fogoso valor (336).

La Persia, fiel á su sistema, trabajaba sin embargo. Dario, que acababa de subir al trono de Djem-Schid, era valeroso y hábil; no le faltaba espíritu ni vigor (1); vió el golpe y trató de pararle.

Demóstenes fué comprado «á peso de oro» (2); aunque por otra parte nada era más fácil que despertar el odio y el encono del gran orador. Con motivo del duelo de su hija, no se habia coronado de flores al saber la nueva del asesinato de Filipo, y no habia conseguido, á pesar de la oposicion de Focion, que Atenas decreta-

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*.

(2) *Magno auri pondere*, sustino, l. XI; Diodoro afirma el mismo hecho. Además, Alejandro encontró en Sardes las facturas de las sumas pagadas por la Persia al gran orador.

se una corona al asesino (1). A su voz, y ya se sabe cuán poderosa era, se formó una liga contra los macedonios; Atenas y Tebas estaban á la cabeza de ella.

Pero Alejandro no se dormia. Cae de repente sobre los confederados; en trece días la Beocia es invadida.

«Demóstenes me llamaba un niño cuando estaba entre los tribalios, decia el rey de Macedonia, y un jóven cuando llegaba á Tesalia; quiero hacerle ver, bajo los muros de Atenas, que soy un hombre.» En efecto, los atenienses, rendidos, deponen las armas y obtienen gracia. Tebas, esta ciudad llena de ruda obstinacion, rehusa someterse, y se arroja brutalmente sobre las tropas del rey, siendo vencidos sus soldados y tomada la ciudad. En su política de clemencia, Alejandro no queria destruirla; pero en vez de rendirse, los tebanos «llaman á las armas á todo el que quisiera, con ayuda del gran rey, devolver la libertad á los griegos y derrocar el tirano de la patria.» El consejo de Corinto, la asamblea general de la Hélade, pronunció el decreto de estos *traidores, que desde el principio de la guerra contra los persas, no habian hecho más que perjudicar á la patria* (2). Mandatario de la Grecia Alejandro, destruyó la ciudad, perdonando, sin embargo, la casa de Píndaro, y reedificando á Platea y á Orcomenes, las dos aguerridas y antiguas repúblicas de la Beocia.

Sometida la Grecia, nada le detiene. Se prepara á su grande expedicion, enardecido por sus discursos á los jefes de su ejército macedónico, dando fiestas magnificas y celebrando juegos, segun los ritos de la antigüedad; y por una cruel precaucion, haciendo matar á todos los individuos de su familia, que creia

(1) Como lo nota M. Duruy, pág. 306, la antigüedad griega no tenia más que honores para semejantes crímenes, y el sábio Polibio decia: «El asesinato de un tirano es un título de gloria.» (II, 56, 15).

(2) Diodoro, XVIII; Justino, XI; Plutarco, Alejandro. Hé aquí el decreto: «La ciudad de Tebas será destruida enteramente, los cautivos serán vendidos en subasta, los fugitivos serán capturados en donde quiera que se les encuentre, y ningun griego podrá recibir un tebano bajo su techo. Orcomenes y Platea serán reconstruidas.



peligroso dejarles detrás de él. Encargado de vengar las injurias de dos siglos y de terminar la ya larga querrela de la Europa y del Asia, levanta treinta y tres mil hombres de infantería, cuatro mil quinientos de caballería, se proveyó de setenta talentos (365.000 pesetas), de víveres para cuarenta días y de una flota de ciento sesenta galeras (1). Los mejores generales de Filipo y todos sus jóvenes compañeros de armas, adictos á su persona, guían este ejército á sus órdenes. Había distribuido todos sus bienes á sus amigos: «¿Qué guardais para vos mismo? le decia Pérdicas.—¡La esperanza! respondió él.

Al principio de la primavera del año 334, parte de Pella y pasa el Bósforo en Sestos.

Dario no había tenido tiempo de oponerse á esta invasión. Entonces fué cuando, segun el cronista persa Ferdusi, el schad escribió al macedonio, titulóndose: «*Dara, hijo de Dara, etcétera, el rey de los reyes del universo, el sol que alumbraba el mundo y que luce sobre la cabeza de Alejandro, jefe de bandidos, etc.*» Decíale que no se extrañaba de su venida, porque conocía el espíritu de rapiña que animaba á los griegos, sino que le inducía á retirarse, si no quería ser destruido con todos los suyos. Le enviaba una caja llena de oro, que indicaba los inmensos tesoros de la Persia, granos de lirio, que hacían alusión al número de sus soldados, una bolita, para que el rey niño pudiera jugar con sus generales, y un látigo, para que con él pudiera castigarles. Alejandro, indignado, respondió que aceptaba estos presentes, y que de ellos deducía felices presagios: la caja de oro no era más que las primicias de los tesoros del Irán, de los cuales se apoderaría, todo el reino sería destrozado y dividido, como los granos de lirio, la bola era el símbo-

(1) Hé aquí el efectivo del ejército. Infantería regular: doce mil macedonios, siete mil aliados y cinco mil extranjeros á las órdenes de Parmenion. Infantería irregular: cinco mil odrisios, tribalios ó ilirios y mil arqueros ágrios. Caballería: mil quinientos macedonios, mandados por Filotas, hijo de Parmenion; mil quinientos tesaliosenses, seiscientos aliados y novecientos ligeros tracios. Alejandro dejaba en Europa doce mil infantes y mil quinientos caballos á las órdenes de Antípater.

lo del poder universal, y el látigo castigaria á Dara por todas sus insolencias. Además, la misión de Alejandro era completamente providencial: el Eterno le enviaba para purgar la tierra del culto de los ídolos, é iba á cumplir sus órdenes; hé aquí lo que respondia: «*Alejandro, rey de Macedonia, á aquel que se calificaba rey de los reyes de la tierra; á ese débil y mortal sér, que osaba arrogarse un carácter divino y considerarse como el más poderoso de los monarcas del universo* (1).»

Sea lo que quiera de esta correspondencia al gusto oriental, Alejandro avanzaba. Había sacrificado á Palas sobre las ruinas de Troya, y á la sombra de Priamo, para apaciguar su resentimiento contra su abuelo Neoptolemo. Había coronado el sepulcro de Aquiles, exclamando: «Feliz Aquiles, que has tenido un Homero para cantar tu gloria!» Dario había reunido seiscientos mil persas y cincuenta mil griegos mercenarios.

Memnon de Rodas, el más hábil de los generales de la Persia, el único que pudo retardar la fortuna de Alejandro, quería consumir el pequeño ejército macedónico por las marchas y el hambre, y arrojarle por cansancio fuera del Asia. Dario tuvo más confianza en sus masas, y cuarenta mil hombres fueron llevados á las orillas del Gránico. Alejandro estaba en su terreno, y la temeridad y el arrojo produjeron su resultado. Lánzase él, á la cabeza de sus electrizadas tropas, sobre los espesos batallones de los iranos, y con riesgo de su vida, los destruye y corta en pedazos. Fué el primero que vadeó el río á la cabeza de sus *etairos* (2); en medio de la batalla había herido

(1) *Shah-Nameh*, historia de los schahs, de Ferdusi-ibn-Ferruck; véase á Mouradja-D'Ohsson, *Cuadro histórico del Oriente*. Las crónicas persas son muy curiosas acerca de Alejandro el Griego, Sekander Youmani; cuentan los principales hechos de su conquista, en concordancia con los historiadores griegos. No han podido, sin embargo, los orientales impedir que se mezclase en ellas lo maravilloso y las ficciones. Prescindiendo de la fábula, su testimonio es muy precioso, y de ellos nos hemos servido en esta ocasion.

(2) *Etairoi*, «compañeros» del rey; cuerpo escogido que Alejandro oponia á los «inmortales» de la Persia.



con su lanza en el rostro á Mitridates, yerno de Dario, y no debió la vida más que á la presencia de ánimo de Clito. Un trofeo levantado en el campo de batalla recordó que *Alejandro y todos los griegos, exceptuando los lacedemonios, habían arrancado estos despojos á los persas*. Así era para la Grecia una victoria nacional.

Pero el Asia Menor había suministrado numerosos socorros á Dario; todas las costas serán conquistadas; Alejandro no quiere dejar enemigos detrás de él. La Lidia, la Asiria, la Caria se someten; Mileto y Halicarnaso se mantuvieron largo tiempo bajo la defensa de Memnon. La pollicia, más que las armas, compra la rendición. El despotismo asiático era, en cada ciudad, reemplazado por un gobierno moderado; la Frigia es sujeta, y el «nudo gordiano» cortado por un golpe de espada, asegura al rey, segun la palabra del oráculo, la «dominación del Oriente» (1).

Quédaba el único enemigo temible; Memnon el Rodio. Ya había debilitado el ejército de Alejandro en los dos sitios de las ciudades jónicas. Concibe ahora un atrevido proyecto; quiere llevar la guerra á las riberas de Macedonia, y hacer volver forzosamente al conquistador á sus amenazados hogares. Sube á bordo de la flota; toma las islas de Cos y de Lesbos. El momento era favorable. Alejandro de Lincestia conspiraba en Faselía contra la autoridad de su rey. Pero la Providencia, que tenía su designio sobre Alejandro, deja perecer á Memnon en Mitilene, y con su muerte sucumbió también la Persia.

La Galacia, la Paflagonia se someten; la Cilicia es sometida y Tarso tomada. Llegó á temerse un momento por la vida del conquistador; se había bañado sudando en las frias aguas del Cidno: su médico Filipo le salvó (2) (333).

(1) Sábese que este nudo ataba el yugo de un carro sagrado. Un oráculo había prometido el imperio del Asia á quien le desatase. Alejandro le cortó con el revés de su espada. Esto era forzar un poco el oráculo; pero el oráculo se cumplió.

(2) En el momento de tomar Alejandro el enérgico breva que le ofrecía Filipo, recibió una carta

Alejandro lucha en Iso con todas las fuerzas de la Persia. La impetuosidad y la disciplina macedónica le dieron la victoria, dudosa por algunos instantes por la valentía de los griegos. Ptolomeo hijo, Seleneo y un gran número de macedonios de alto rango quedaron en el campo. Dario escapó gracias á la oscuridad de la noche y á la velocidad de su caballo, dejando en manos del vencedor sus armas, sus mujeres y sus tesoros. Cien mil hombres habían sucumbido por su causa (29 de Noviembre del 333). El rey de Macedonia llenó de respetos y de honores á la familia del schah.

Sigue Alejandro su vastísimo plan. Baja hácia el Mediodía para ir conquistando todas las satrapías marítimas; Damasco, tesoro de la Persia, cae en su poder. Todas estas provincias, siempre dispuestas á sustraerse de la dominación del gran rey, reciben á Alejandro como á su libertador. Tiro, Jerusalem y Gaza son las únicas que le oponen resistencia. Despues de siete meses de encarnizado sitio fué tomada la ciudad por mar, siendo necesario tomar casa por casa, y Tiro es saqueada (332).

Cien mil tirios fueron degollados; el resto de treinta mil hombres fueron vendidos. Jerusalem hubiera perécido, pero Dios se acordaba de su pueblo, y á la vista del gran sacerdote Jadoh, que iba hácia la ciudad revestido con los ornamentos pontificales, turbóse el conquistador y se acordó de aquel hombre que en Pela se le había aparecido en sueños prometiéndole la conquista del Oriente. Veneró al ministro de Dios, subió á Jerusalem, ofreció sacrificios al Señor y concedió grandes privilegios á Judá.

Despues sigue de nuevo sus empresas. Gaza fué destruida al cabo de dos meses de resistencia, y Alejandro arrastró siete veces al rededor de la ciudad al gobernador Betis, como había hecho Aquiles con Hector. Chipre se sometió también á su obediencia.

Dario estaba cada día más consternado; sus embajadores fueron á ofrecer á Alejandro la de Parmenion que le recomendaba no tuviera confianza con el médico, comprado, segun se cree, por los Persas. Alejandro despreció este aviso, bebió la bebida y se salvó.



princesa Statira, diez mil talentos, treinta millones de dote y toda el Asia Menor; «acceptaria si yo fuera Alejandro,» dijo Parmenion. «Y yo tambien, replicó el rey, si yo fuera Parmenion.» Pidió todo el imperio, y continuó sus expediciones contra el Egipto.

Buena ocasion se les presentaba á los hijos de Mesraim para vengar sus antiguas injurias. La nacion recibió al dominador con los brazos abiertos; se llenaron de entusiasmo en Pelusa; Menfis y toda la comarca se creian felices en tener á Macedonio por gobernador militar; el mando civil quedaba confiado á un egipcio de la antigua raza. Alejandro comprendió toda la trascendencia de su dominacion, y echó los fundamentos en las embocaduras del Nilo, de aquella Alejandria que debía unir al centro universal del comercio de los tres continentes antiguos el centro tambien intelectual del antiguo mundo. La nueva ciudad se extendia como una coraza macedónica (1) desde la costa de la Libia al mar. Con tanta gloria, Alejandro era un Dios para el Egipto. Por esta causa recibió en el templo del desierto todos los nombres que hemos visto prodigaron al famoso Ramsés. Es *el hijo querido de Ammon-Ra, el señor del universo*: los griegos no comprendieron los protocolos de los archivos de Faraon, y Olimpías, madre de Alejandro, rogó al hijo de Júpiter que no la confundiera con Juno. Pero Alejandro sabia el valor de estos títulos, y lleno del respeto que le merecian, rodeado de un inmenso ejército, aumentado con los griegos y con sus nuevas conquistas, marcha contra Darío.

Le dió alcance en Arbelas «Esbil» el 2 de Octubre del año 331 antes de Jesucristo. Aquí iba á hacer la Persia el supremo y último esfuerzo. El schah habia llamado á los jurnios y á todos los rajahs de la India: todo el Oriente se habia levantado en masa. El ejército de los persas se componia de más de un millon de infantes y de doscientos mil caballos; el terreno que habia de ocupar el ejército fué allanado para facilitar las ma-

(1) Esta era la forma que afectaban los contornos de la ciudad.

niobras de aquella multitud, y para el mejor desenvolvimiento de los doscientos carros de guerra y elefantes que los griegos iban á contemplar por primera vez. Hubo momentos durante el ataque en los que Darío se creyó vencedor; los griegos, acosados por la caballeria india, se iban replegando; pero el adivino Aristrando exclamó diciendo: «Veo una águila revoloteando sobre la cabeza del hijo Zeus; los griegos se retiran, y á pesar de lo que habia presagiado Parmenion, triunfó Alejandro. No habia perdido más que cien hombres y mil caballos; los «bárbaros» tuvieron trescientos mil muertos y un número considerable de prisioneros.

Esta derrota completó la ruina de la Persia; todo el Farsissan, las ciudades reales de Babilonia, de Djherrum, de Isfahan, de Istakhar (Persépolis), caen en poder del vencedor, y con ellas un botin y riquezas inmensas. Alejandro es recibido por todas partes con honores casi divinos; reedifica todos los templos que Jerjes y Darío habian destruido en su celo por la reforma zoroástrica. Las consecuencias de la victoria fueron el saqueo y un sinnúmero de excesos. El rey y sus generales toman parte en estas locuras, y en una noche de orgía, la cortesana vengó á Atenas, su patria, incendiando algunos edificios del «palacio de las cuarenta columnas» (1).

En Pasargarda, la ciudad donde se coronaban los reyes, la ciudad de Aqueménides, en donde se conservaba el sepulcro de Ciro, no se tuvo que condenar ningun ultraje. Alejandro persiguió luego á Darío (330). El desgraciado rey habia perdido la esperanza de su reino, y sin embargo buscaba auxilios en las comarcas no sometidas. Dos de sus favoritos, Besso y Nabarzanes, dicen los griegos, Mahhyar y Djehannussiar, dicen los orientales, encadenan al desgraciado rey, y despues le dan de puñaladas en el Kerman. Alejandro lloró sobre los restos de su infortunado rival. Los cronistas nos presentan un conmovedor espectáculo con

(1) Seria un error el creer que todo el palacio fué quemado: esta mentira ha sido refutada por Guillies, Volmey y Levesque. Véase á Poirson, c. XXXII.



motivo de este hecho. Alejandro, segun ellos, llega cerca de Darío moribundo, inerme y le consuela; el schah recomienda á su clemencia sus estados y sus pueblos, le da gracias por su generosidad y le recomienda su madre Gul-Ara, «corona de rosas,» su hija Ruscheneh, «la brillante;» despues espira en sus brazos.

Así acabó sus dias el último rey de la dinastía de Kai-Kobad y con él la monarquía irania. Pero todo el imperio no estaba sometido.

La Grecia acababa de rebelarse, pero fué necesaria la reduccion de la Tracia y la batalla de Megalópolis, en la que fué muerto Agis de Esparta, para asegurar á Antípater la tranquilidad de la Macedonia.

La muerte de Dara entregaba casi de derecho todo su imperio á Alejandro, segun las ideas orientales.

Este grande hombre lo llegó á comprender, y en lo sucesivo el que no se habia presentado más que como un griego, se presentó despues como el schah del Irán, como el rey de los reyes del Asia; se rodeó de una corte numerosa y brillante, adoptó la tierra, el Kulah-Schahy y el largo traje de los iranos; organizó un serallo de trescientas sesenta mujeres, y se dejó adorar como el sucesor de Feridun y de Djem-Schid.

El espíritu de los griegos no se podia acostumar á estas maneras despóticas, y sin embargo, Alejandro no cedia en sus crueldades para abatir sus antiguos odios; realizase el asesinato de los branquidas, descendientes de los jonios de Mileto. Esta familia, que siglo y medio antes habia entregado á Jerjes los tesoros del templo de Apolo, y habia recibido tierras en la Bactriana, se presentó ante el ejército griego como delante de un ejército de hermanos. El rey de Macedonia hizo asesinar á todos estos infortunados; allanaron sus moradas, cortaron los árboles, y dejaron el territorio en la más espantosa soledad. Apolo y la Grecia eran así vengados por esta inútil represalia. Los griegos, sin embargo, no cesaban de murmurar, y comenzaron á conspirar. Se hicieron necesarios los suplicios de Filotas y de Parmenion para aterrorizar á los descontentos y hu-

millar su audacia. Filotas era, probablemente, cómplice de la traicion; por lo ménos no la habia descubierto; el rey le acusó ante el ejército; hizo votos en el tormento, y los soldados le apedrearon. El viejo Parmenion, el verdadero culpable, sin duda, fué degollado por sorpresa (330).

Entonces tuvo lugar la vuelta de Besso, que habia tomado las insignias reales; Alejandro le persiguió, apoderándose de Bactres. Espítámenes entregó á Besso, que fué llevado al suplicio, y sublevó despues á los escitas. Por primera vez estuvo el rey en gran peligro, pero triunfó de los escitas del otro lado del Yartes, derrota tres veces á los bactrianos y á los sogdianos, da muerte á Espítámenes, toma y arruina las ciudades, reemplazándolas por seis fortalezas y por la edificacion de Alejandria. Su genio civilizador se desplegó en esta provincia, y mil años despues los árabes de Mahomet hallaron sus vestigios.

A pesar de todas estas conquistas y de toda esta grandeza, los griegos no se podian acostumbrar á rendir adoracion al rey. En vano les halagaba con su indomable bravura, en vano queria persuadirles de que nada era imposible bajo sus órdenes. En vano les hacia ver que no se necesitaban alas para escalar la más inaccesible fortaleza (1); en vano destruyó él solo, rehusando la ayuda de Lisandro, á un furioso leon que le habia asaltado yendo de caza. El ejército le habia hecho convencerse de que no convenia que fuera á caza á pié y sin escolta. Los reclutas se maravillaban; pero las viejas tropas y los jefes y nobles de Macedonia eran intratables. Clito, en su ruda oposicion de soldado, y Calisteno con su mordaz ironía, irritan al príncipe, quien da muerte á Clito con una javelina, haciendo asimismo perecer á Calisteno, como cómplice de la conspiracion de Hermolaos.

«El rey no habia realizado todos estos actos á instigacion propia, decia el veterano del Granico, y sin este brazo, hubieras perecido en el río,» añadía. En cuanto al sobrino de Aristóte-

(1) La roca Sogdiana, dondó se habia refugiado Espítámenes.